

Marina Porras

LA ENVIDIA

COLECCIÓN FRAGMENTOS
SERIE PECADOS CAPITALES

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLS, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La luxuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 55
Serie PECADOS CAPITALES

Primera edición OCTUBRE DEL 2019

Dirección editorial IGNASI MORETA
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Producción gráfica IRIS PARRA

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de
Giulio Roscio, *Icones operum
misericordiæ*, Bartholomæi Grassii,
Roma, 1586

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2019 MARINA PORRAS MARTÍ
por el texto

© 2019 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 24.052-2019
ISBN 978-84-17796-12-9



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con la colaboración del Departament de
Cultura

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

I	Las furias del infierno	7
II	¿Quién es la más bonita del reino?	11
III	Una mala mirada	17
IV	Un vicio adolescente	21
V	¿Por qué ella?	25
VI	Un corazón seco	31
VII	El monstruo de ojos verdes	35
VIII	Un juego de espejos	41
IX	La carcoma del alma	47
X	Eladi leía a Proust	51
XI	Hacia abajo no hay techo	55

xii	Vivir sin envidia	59
xiii	La moral del esclavo	63
xiv	Un país de ratas	69
xv	Espejo roto	73

I

LAS FURIAS DEL INFIERNO

DURANTE MUCHO TIEMPO mi única relación con los pecados capitales fue dentro de un teatro. Cuando era pequeña me gustaba ir cada Navidad a ver representar *Els Pastorets*, la obra de Folch i Torres. Debí de acompañarme por primera vez mi bisabuela, y todo el montaje me pareció una cosa extrañísima, como fuera del mundo. Iba a ver la obra a un *casal* popular donde todavía la representan y era como viajar en una máquina del tiempo. El teatro era viejo y oscuro, las butacas crujían y eran incómodas, y en la entrada de platea había un mosaico con una imagen de san Jorge matando al dragón que daba mucho miedo. Como no estudié religión católica hasta muchos años después, mi idea sobre el cristianismo se basaba en una obra de teatro sobre unos pastorcillos que vencían al demonio. Parece una banalidad, pero esta obra me

dio mi primera idea de un universo donde el bien y el mal conviven y luchan. Cada año insistía en ir y me costaba encontrar a alguien que quisiera aguantar conmigo las tres horas que dura la obra representada por actores aficionados. Me divertía mucho que todo estuviera declamado en verso, tanto que me compré el librito de Folch i Torres y todavía recuerdo algunos fragmentos de memoria.

Una de mis escenas favoritas era cuando salían al escenario las furias del infierno, los siete pecados capitales representados por siete chicas con mallas rojas, maquilladísimas y con diademas de las que salían unos cuernos de demonio. Satanás quiere corromper el alma de un pastorcillo, y para eso necesita los pecados capitales, para que «gota a gota le filtre en el corazón el espíritu del mal, y se vuelva más malvado que una víbora». La escena sucede en un bosque y el demonio no ve que tras los árboles se esconde el arcángel san Miguel, que protege a los pastores del mal. Satanás convoca a las furias y las siete chicas salen al escenario, rodeando a los pobres pastorcillos muertos de miedo. Cada una cuenta qué pecado es y de qué forma puede tentar a los hombres. Yo las miraba con mucha intriga porque no tenía una idea clara de lo que

significaba la tentación. Con los años, aquellas chicas me parecían cada vez más ridículas, pero también más interesantes, porque empezaba a entender qué significaba ser tentado por el mal. De todas ellas, la envidia era el pecado que me gustaba más porque parecía el más peligroso. Los otros eran más obvios: la lujuria te incita a poseer; la soberbia, a mostrarte superior; la avaricia, a conseguir dinero; la pereza, a no hacer nada; la ira, a atacar; la gula, a comer. La envidia te incita a desear sin conseguir. Es un pecado vacío que no se acaba nunca. También es el pecado más secreto y, por eso mismo, el más temible. No hay casi ninguna señal que te delate cuando la envidia te ha tentado.

Unos años más tarde leí un texto autobiográfico de Mercè Rodoreda y recordé aquella envidia disfrazada con cuernos de demonio:

La tarde que mis padres fueron por primera vez a declamar teatro, algo que no me gustaba nada que hicieran, mi madre se arregló como nunca y se puso el vestido nuevo. Recuerdo que cuando se estaba abrochando el cinturón delante del espejo, rabiosa de celos le arranqué el cinturón de un tirón y empecé a clavarle puntapiés en los tobillos.

Este estallido de rabia de una niña contra su madre me hizo comprender que la envidia es el pecado más terrible porque siempre viene de un sentimiento muy hondo, muy difícil de contar a los demás pero todavía más difícil de explicarse a uno mismo. También me hizo comprender por qué Rodoreda, con su estilo cruel, de cosas que se hacen y se sienten, pero no se dicen, es una de las mejores escritoras para explicarlo.

II

¿QUIÉN ES LA MÁS BONITA
DEL REINO?

EL RECUERDO DE Rodoreda estallando con rabia contra su madre seguramente inspiró una escena de *Espejo roto* entre Sofia Valldaura y su madre, Teresa. Sofia es una niña que nunca quiso demasiado a su madre (cito por la traducción de Pere Gimferrer):

cuando la veía con los chales bordados de pedrería y con las medias caladas tenía ganas de que se fuese de casa y no volviese nunca más. Un día que la riñó y le dio un tirón para hacerla salir de un parterre cercano a los castaños, pensó que tendría que matarla.

Teresa Valldaura es una mujer despampanante. Seduce a todos los hombres que tiene alrededor, y tiene una inocencia y una bondad que la ha-

cen todavía más atractiva y que la redimen de su fatalismo. Sofia ha crecido a la sombra de esta madre a quien no podrá superar y que nunca le ha hecho mucho caso. Ha echado de menos un instinto maternal más fuerte, que la vertebrara y la hiciera sentir protegida y querida. «Una noche que su madre había subido a darle un beso antes de salir —leemos en *Espejo roto*— se lo había arrancado de un tirón [el collar] y le había estropeado el cierre.»

Este beso de buenas noches recuerda a la escena que inaugura *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, el momento en que el narrador cuenta cómo sufre si su madre no va a darle un beso en la cama. Marcel tiene una relación muy estrecha con su madre. Ella es su centro de gravedad, su medida de todas las cosas. La madre de Marcel, que también es atractiva y seductora, pondrá siempre a su hijo por delante de cualquiera de sus preocupaciones. Influenciado y abrumado por esta bondad maternal, todas las mujeres que amará Marcel pasarán por el filtro de la comparación del amor, infinito e incondicional, que le daba su madre. Marcel es un niño que ha crecido entre cuidados, custodiado y mimado por las mujeres

de su familia. El amor que lo une con su madre le hará ver la vida teñida de la bondad y la inocencia que lo acompañaron desde pequeño.

Ni los personajes femeninos de Rodoreda ni la escritora misma tienen relaciones fáciles con sus madres. Rodoreda cuenta que, cuando era pequeña, ella también quería ser como su madre, «gustar a todo el mundo y que todo el mundo la halagara». Rodoreda pasó su infancia en una torre del barrio barcelonés de Sant Gervasi que tenía un jardín lleno de plantas y flores. Su abuelo construyó en medio del jardín un monumento con un busto del poeta Jacint Verdaguer. Era un monumento de piedra y madera, rodeado de plantas, como una especie de gruta de hadas rústica. La familia se hacía muchas fotografías frente a la escultura, que les servía de decorado. En una de esas fotos aparece la madre de Rodoreda, muy joven, tumbada en medio de la escultura, vestida de ninfa. Lleva un vestido blanco vaporoso, el pelo negro al aire y una tira de flores en la cintura y otra en el pecho. Está rodeada de amigas risueñas, también disfrazadas de ninfas, pero ella tiene una mirada muy seria y provocadora, descarada. Mercè Rodoreda también sale en la foto. Debe de tener unos tres

años y está de pie a su lado, con un pequeño vestido blanco. No se le ve la cara porque debió de moverse y ha quedado borrosa e insignificante en la fotografía.

El álbum familiar de Rodoreda está lleno de retratos de sus padres disfrazados y haciendo teatro, adaptando su casa como si fuera un escenario. Rodoreda sale en todas las fotos con unos ojos grandes y brillantes de niña inocente, menos en la que se hizo para la primera comunión. Aparece en ella con un vestido feo y cargado, lleva un collar con una cruz, tiene las manos juntas y mira hacia arriba, como si rezara. Ella cuenta que, el día que fue a hacerse la estampa, el fotógrafo le dijo a su madre que no podían poner un fondo negro en el estudio porque el fondo negro era para niñas que tenían facciones más bonitas que las de su hija.

La relación de envidia entre madres e hijas es una de las más antiguas. Conocemos el mito al revés: hay madres que envidian a sus hijas porque creen que les han robado la juventud. Ven en ellas el fantasma de su belleza, el declive del propio cuerpo. Muchos cuentos de hadas hablan de esto, y de aquí viene la figura de la madrastra, una madre que tiene envidia de su hija, que es más joven

y más bonita de lo que ella podrá volver a ser. La malvada madrastra de Blancanieves es, en realidad, una bruja triste porque hay otra mujer que es mejor que ella. No es casualidad que su venganza empiece cuando pregunta a su espejo quién es la más bonita del reino y este le responde que no es ella, sino Blancanieves. La madrastra no está contenta con la imagen que el espejo le devuelve. La literatura de Rodoreda también está llena de señoras que lo hacen todo para gustar y para gustarse. Son mujeres que quieren verse en el espejo y estar satisfechas con su reflejo. La envidia nace cuando te miras en el espejo y no te gusta lo que ves. Todo, en este pecado, empieza en los ojos.